

Hasta que deje de latir

Hasta que deje de latir

Manuela Valerio



Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del código penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos). Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© de la fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Manuela Valerio 2024

© Entre Libros Editorial LxL 2024

www.entrelibroseditorial.es

04240, Almería (España)

Primera edición: noviembre 2024

Composición: Entre Libros Editorial

ISBN: 978-84-19660-96-1

Depósito legal: AL-3655-2024

Impreso en España - Printed in Spain

A los corazones que injustamente dejaron de latir.

Introducción



La vida es eso que se nos escapa de entre los dedos mientras perdemos el tiempo en tomar buenas o malas decisiones.

Ese día, Dustin Campbell eligió calzarse esas flamantes Nike Air Max blancas y negras que, pese a ser nuevas, habían sido mordidas por el cachorro de galgo que durmió a sus pies e irremediablemente le iban a provocar varias rozaduras. Eligió también vestirse con la camiseta deportiva de color rosa fucsia que le había regalado Dana, la mujer de su hermano Brend. Optó por rechazar un delicioso *bagel* y apenas desayunar un zumo de naranja y una tostada para no sentirse pesado en la carrera, y eso lo mantuvo con una horrible sensación de hambre constante. Decidió que todavía no era un buen momento para contarle a su tradicional familia que se había enamorado de una joven de apenas dieciocho años llamada Jessie. Y convino que, tras la carrera, la llamaría y arreglarían aquella riña de la noche anterior en la que ambos se dijeron cosas que no pensaban.

Ese día, Dustin pudo vestirse el dorsal 1114 de algún participante fallido que no llegó a asistir al famoso Maratón de Boston.

Ese día... El quince de abril de dos mil trece.

Dos estruendos causaron el caos a escasos metros de la meta final. El olor a pólvora, los gritos y los heridos se contarían por decenas. Un atentado perpetrado por dos hermanos de origen checheno sembró el pánico en Boylston Street, hacia donde se trasladaron varias unidades médicas, policiales y de bomberos. Un desolador atentado sin precedentes dejaría marcada para siempre la ciudad de Boston, Massachusetts.

—Varón, treinta y tres años, de unos ochenta y pocos quilos. Rotura craneoencefálica, edema cerebral y con varios artefactos ametrallados en todo el cuerpo. No responde a ningún estímulo.

—¿Qué sabemos de él?

—Se llama Dustin Campbell, nacido en Boston, pertenece a la armada estadounidense y no está casado.

—¡Necesitamos a un familiar directo de inmediato!

—Hemos localizado a su hermano, que vive en la ciudad. Está de camino.

Ese día hubo tres víctimas mortales y doscientos ochenta y dos heridos, entre ellos Dustin.

Brend irrumpió en el hospital desconcentrado y aterrorizado por lo sucedido. Se hizo paso entre el caos hasta llegar al mostrador, donde le costó pronunciar su nombre, y mucho más el de su hermano.

Ese día, Brend también había tomado sus decisiones. No asistió a aquel maratón pese habérselo prometido a Dustin, debido a que Dana hacía varios días que no se encontraba demasiado bien y, dado su estado avanzado de gestación, decidió quedarse junto a ella por si el parto se adelantaba. También porque un inesperado

cachorro de galgo había empezado a formar parte de su familia, aunque aún no lo hubieran asimilado. Ese día, Brend eligió salir a buscar unos *bagels* con manteca de cacahuete para su esposa e insistió en que Dustin se comiera uno, pero no lo logró. También decidió que la cena sería el momento ideal para comunicarle a su hermano que le pondrían a su bebé el nombre de Halley, como el cometa que tanto apasionó a Dustin en la infancia. Ese día, Brend tomó varias decisiones, como hacemos todos a cada paso. Sin embargo, jamás se imaginó que se vería obligado a tomar la más compleja de toda su vida.

—¿Es usted el familiar directo más cercano?

—S... sí —balbuceó—. Pero yo no puedo tomar esa decisión, mis padres están de camino.

—Necesitamos su consentimiento, no dispondremos de mucho tiempo. Ya se lo hemos explicado, es tan solo por si se diera el caso.

—Ya..., pero está vivo, ¿no? —Brend se llevó ambas manos a la nuca totalmente destrozado.

—Señor Campbell, su hermano está vivo, pero no podemos darle un diagnóstico favorable, hay que estar preparados para todo.

Brend sollozó de dolor antes de contestar.

—No sé qué hacer... —dijo sorbiendo su nariz.

—Tal vez le ayude pensar en qué haría Dustin si pudieran preguntarle.

Las palabras del doctor ahondaron en su mente. Fue entonces cuando se percató de que no tenía ni idea de lo que su hermano contestaría. «¿O tal vez sí?», dudó. Cayó en la cuenta de que no lo conocía tanto como creía. Las escasas visitas, desde que Dustin se alistó en el ejército cuando apenas tenía veinte años, se reducían a dos veces al año. Eso los había convertido casi en extraños, pese a haber sido uña y carne en la niñez.

Así que, tras mantener una triste charla telefónica con su embarazada mujer en la que ella se encargó de llenarle de esperanza el alma, entre los dos llegaron a la conclusión de que debía firmar ese consentimiento, por si se diera la peor de las predicciones. Con eso, evitaría que su anciana madre tuviera que tomar tan terrible determinación sobre uno de sus hijos. El diagnóstico no era para nada favorable; era poco esperanzador, y las próximas horas iban a ser determinantes. A pesar de todo, Dustin estaba vivo, debía aferrarse a esa pequeña esperanza.

Brend firmó toda la burocracia y por fin lo dejaron pasar a ver a su hermano, que se hallaba entre pitidos, tubos y ese olor intenso a limpio, tristeza y soledad que emitía la sala de cuidados intensivos. Tomó su mano y repasó mentalmente un sinfín de recuerdos de su niñez. Se permitió llorar desconsolado.

—No quiero que sea una despedida, Dustin, ¿me oyes? —titubeó mientras le resbalaban las lágrimas a ambos lados de la cara—. Papá y mamá están de camino. No te mueras, colega, deja que se despidan. Mamá no lo superará si no logra decirte adiós.

Se le anudaron las palabras a la garganta y tuvo que callar. Tan solo oía pitidos alrededor del cuerpo inmóvil de su hermano menor. Observó el rostro prácticamente cubierto en su mayoría; sus musculados brazos ensangrentados y uno de ellos vendado hasta el hombro. Observó cómo se le inflaban los pulmones al ritmo de la máquina que tenía al lado. «¿Eso es estar vivo?», pensó tras repasar cada centímetro del cuerpo casi inerte de Dustin. Lo hizo varias veces, como si quisiera retener en la mente la imagen —probablemente la última— de su único hermano. Observó las arrugadas vendas. Se preguntó qué tan profundas serían las heridas que escondían y, por alguna razón, reparó en un pequeño tatuaje justo por encima de hasta donde le habían cubierto el pectoral. Supo que era reciente, ya que el anterior verano no lo tenía. Estaba situado sobre el pecho izquierdo a la altura del corazón, donde

podía leerse el nombre de Jessie. Tuvo que limpiarse las lágrimas para poder enfocar y leerlo con nitidez, y automáticamente dedujo que sería el nombre de uno de sus compañeros caídos en combate. Aunque lo cierto era que, de ser así, Dustin lo habría mencionado en alguna ocasión. Lo leyó susurrando. Todos los tatuajes de Dustin estaban relacionados de alguna manera con el ejército de la marina americana, por eso no le dio más importancia; no era el momento.

—Ojalá no te hubiera pedido que te quedaras estos dos días en casa. Solo queríamos que supieras que tu sobrina se va a llamar Halley. Esta noche, en la cena... No queríamos comunicártelo telefónicamente. Debí decírtelo esta mañana. Lo siento, Dustin, lo siento tanto...

Entre lágrimas salió a recibir a sus padres y, tras llorar fundidos los tres en un abrazo, cedió el sitio a sus progenitores para que pudieran pasar a verlo. Poco después tuvieron que sedar a la mujer, estremecida tras ver a uno de sus hijos en aquel estado. Fueron las horas más críticas de la vida de esa familia, y sumamente importantes, para poder dictaminar el porvenir de Dustin. No podían hacer nada más que esperar.

Sobre las tres de la madrugada un equipo de médicos corrió a toda prisa hasta la sala de cuidados intensivos, donde había varias víctimas graves del atentado. Brend los vio pasar a toda prisa y los siguió con la mirada. Su padre acunó a su madre fuertemente contra el pecho a la vez que le temblaba el labio inferior y los ojos se le inundaban, a sabiendas de que semejante movilización no traía nada bueno con ella.

2:48 a. m.: su corazón sigue latiendo.

Diagnóstico de Dustin Campbell: muerte cerebral.

Capítulo 1

8 Wellington Street



Matt

2 de diciembre de 2019

No me creo que esté haciendo esto. Ufff. Me sudan las manos, así que justo al entrar en el local, al quitarme los guantes, las froto contra el pantalón con nerviosismo. Caen al suelo los saquitos térmicos que suelo llevar y me entretengo en recogerlos y guardarlos en el interior de los guantes de nuevo. Voy a esperar a mi amigo en la cafetería Render, situada en la 563 Columbus Ave Suite 2, de Boston. Nunca había estado aquí pese a haberme criado relativamente cerca, así que, como suelo ser de esos que llegan mucho antes de la hora estipulada, me permito echar un vistazo antes de sentarme. Decido pedirme un café con leche de esos en los que dibujan con la espuma una bonita hoja, y un *bagel* de semillas de sésamo con jamón y mucho queso fundido. Elijo sentarme al fondo. El local es alargado y acaba en una especie de habitación acristalada con altos ventanales y techo en forma de cúpula. Es un lugar bonito. Las mesas son altas, en su mayoría negras, y los taburetes de madera oscura. Me siento junto a una de las ventanas. Es invierno, y esta

estación del año en Boston no invita mucho a sentarte en la bonita terraza situada en la parte trasera de la cúpula a modo de balcón, también con las mesas y sillas forjadas en hierro de color negro. Durante un momento observo a una pareja que se toma el café allí fuera, ambos con las manos alrededor de los vasos humeantes de cartón. Veo cómo se miran y sonríen. Entiendo que a ellos no les importa el frío, les basta con el calor de sus corazones. Suspiro y pienso en Devi. Yo nunca he estado así con ella; en realidad, ni con ella ni con nadie. Por eso no le he permitido que formara parte de algo tan importante, ni siquiera es conocedora de esta inquietud que lleva tiempo asomando desde lo más profundo de mi ser.

Aparto el sobrecito de azúcar. No suelo añadirsele al café, sin embargo meto la mano en el bolsillo interno de la gabardina hasta dar con una pequeña y alargada tableta de chocolate. La pellizco y arranco una pequeña onza. Al principio, cuando descubrí que me gustaba esta mezcla, solía hacerlo a escondidas, ya que no es algo que me haya acompañado toda la vida; ahora no me importa que alguien me vea deslizar un trocito de chocolate en el interior de la taza. Fue un hábito que adquirí tras haber superado el primer año del trasplante. Se acabó añadirle azucarillos al café, aunque esta nueva costumbre me obliga a llevar siempre una pequeña tableta de chocolate encima. No voy a mentir, de vez en cuando la pellizco por deleite mientras espero el tren o cuando asisto a las revisiones médicas y la espera se hace eterna; incluso en el trabajo, cuando las largas horas frente al ordenador se me hacen interminables y mis tripas rugen suplicando algo de comida.

—Debí imaginar que ya estarías aquí. —La voz de Dean me devuelve a la realidad mientras dejo caer la onza entre la espuma del café.

Me pongo en pie y mi amigo me da un abrazo de esos que va repicando con golpecitos en las espaldas.

—¿Te pido algo? ¿Quieres un café?

—No, no tengo mucho tiempo. Solo he venido a traerte esto y me marcho. —Me muestra una carpeta azul, simple, donde no hay nada escrito.

No sé qué me esperaba, ¿tal vez una que pusiera «Top secret» en letras rojas? La información que Dean me ha conseguido es meramente confidencial.

—Gracias, Dean, yo no sé cómo voy a pagarte esto.

—Oh, vamos, Matt, ya me la cobraré. Además, entiendo perfectamente tu curiosidad, yo también querría saberlo. Demasiado has tardado...

Veo que retira uno de los taburetes y se sienta frente a mí. Se quita el abrigo y la bufanda. Eso me hace sospechar que no se va a ir tan rápido como me ha dicho. Yo vuelvo a acomodarme y doy un trago a mi espumoso café con leche. Estoy impaciente. Pero, Dean, ahora parece querer marear la perdiz.

—¿Cómo está Devi?

Lo miro por encima de la taza.

—Bien.

—¿Por qué no te ha acompañado?

—No es cosa suya —sentencio sin más.

—¡Oh, vamos, Matt! Vas a casarte con ella. Yo creo que sí es cosa suya.

Lo miro desafiante y levanta ambas manos en son de paz.

—Se lo contaré más adelante.

—No me obligues a mentir, ¿vale? Devi también es mi amiga. Si ella me pregunta me veré obligado a decirle la verdad.

—No lo hará.

—¿Por qué estás tan seguro? Las mujeres nacen con el olfato de policía, tienen un sexto sentido.

—Lo sé. Ya se lo diré. No te preocupes. Por cierto, ¿por qué me has citado en esta cafetería? Ni vives ni trabajas por este barrio.

—Cuando leas esto lo entenderás. Una de las direcciones que necesitas está a la vuelta de la esquina.

No digo nada. Se me acelera el pulso y pongo una mano sobre la carpeta. Dean pone la suya también.

—¿Estás seguro, amigo? Esto que vas a hacer puede cambiar tu vida.

—Necesito hacerlo.

—De acuerdo. Pero recuerda: me juego mucho. Yo jamás te he proporcionado estos documentos ni sabes de dónde han salido, ¿de acuerdo? —Pongo los ojos en blanco para mostrarle mi ofensa por la duda—. Matt, de verdad. Estoy violando la política de privacidad del hospital donde trabajo.

—Sabes que jamás haría algo así, no tienes que preocuparte.

—Lo sé, era solo por atrasar un poco este momento. La familia no quiso saber quién era el receptor en su momento, por eso ha sido tan difícil llegar hasta ellos.

—Me arriesgaré con eso también.

—Perfecto. —Suelta el aire en un bufido, como el que se quita un peso de encima—. ¿Necesitas que me quede?

—No, quiero hacerlo solo.

—Entonces te dejo. —Palmea mi espalda—. Ahora sí que vuelvo a casa pitando. Es mi día de fiesta y Emma y los mellizos quieren exprimirme —añade sonriendo mientras se coloca el abrigo y se enrosca la bufanda.

—Vete ya, anda. Gracias por todo, Dean, eres el mejor.

—Lo sé —asiente estirando el brazo para que choquemos nuestros puños.

Dean es mi mejor amigo. Ni cabe decir que le debo mucho más que este favor. Siempre fuimos inseparables, y fue el único que se mantuvo a mi lado cuando enfermé y durante un largo e infernal año tuve que dejar de hacer vida normal. Él vivía entre mi casa y el hospital, me acompañó desde el minuto cero, así que tengo más

que buenas palabras para mi gran amigo Dean, el Destornillador. Así le llamaban en el instituto por los besos de tornillo que les daba a las chicas. Y ahora, contra todo pronóstico, es padre de familia. Yo no tengo hijos, pese a que siempre quise tener dos o tres y durante años alardeé de ello. Sin embargo, no me he casado; de hecho, casi lo hago en su momento, cuando más o menos tenía la vida encauzada, hasta que me topé con mi enfermedad cardíaca y eso me cambió la perspectiva de todo. Y cuando digo todo es todo. Ahora no solo me niego a dejar descendencia, sino que no quiero seguir adelante con mi anterior vida. Ya no soy el mismo y, sinceramente, no sé cómo hacérselo entender a Devi. No quiero casarme, ya no lo siento. Volví a nacer siendo otro, y entender eso es muy duro para todos, incluso para mí.

Con las manos temblorosas abro la carpeta y deslizo los papeles hasta dejarlos entre mis dedos. Les hecho un vistazo por encima. Quiero leerlos rápidamente hasta dar con el nombre, y después ya profundizaré en las direcciones y demás datos. Estoy más nervioso de lo que creía que iba a estar. De nuevo, me sudan las manos. «Matt, para un instante. ¿Estás haciendo lo correcto?». Las dudas intentan boicotearme el momento, pero no las dejo. Sacudo la cabeza deshaciéndome de cualquier pensamiento intrusivo y me apresuro a empezar a leer: «Bla, bla, bla, el receptor Matt Friedman de veinticinco años de edad, diagnosticado con insuficiencia cardíaca grave, bla, bla, bla. Encontrado donante el quince de abril de dos mil treces tras haber sido declarado con muerte cerebral, con una compatibilidad de más de un noventa por ciento. De nombre, Dustin Campbell, treinta y tres años de edad».

Hay una imagen adjuntada de un joven vestido de militar. Alto, de complexión muy atlética, con el pelo rapado, ojos verdes, facciones marcadas, pestañas largas y semblante serio. Imagino que el momento de la instantánea lo requería. Sin duda, un hombre joven, con toda una vida por delante. «¿Por qué?». Se me nublan los ojos

y de repente siento una enorme y aplastante pena en mi pecho por él. ¿Cuál sería su historia? ¿Estaría casado? ¿Murió en combate?, ¿tal vez un accidente? Vuelvo a mirarlo antes de centrarme en la siguiente información.

—Te encontré, Dustin Campbell, te encontré —me tiembla la voz mientras le hablo a esta fotografía que sostengo tembloroso—. Gracias...

Acaricio la cicatriz de mi pecho a través del grueso jersey de lana que en este momento me está sobrando y la resigo de arriba abajo, como no me había atrevido a hacer en todo este tiempo. Sin embargo, la angustia me sigue oprimiendo. Creí que en cuanto supiera el nombre y pudiera verlo, la inquietud cesaría, no que se intensificaría; así que sigo con la información proporcionada por los cuatro folios en los que se relata el informe médico de aquel fatídico día y las causas de su muerte. No puedo evitar que se me acelere el corazón al ver esa fecha. Involuntariamente, las imágenes televisadas de aquel atentado se apresuran a ocupar mi mente de forma aleatoria. Siento pánico. Oigo en mi cabeza sirenas, gritos, cada vez más fuerte. Oigo multitud de ruidos y siento mucha confusión, hasta que suelto los papeles con rapidez y esos sonidos, como por arte de magia, cesan en mi interior.

¿Qué me ha pasado? Me llevo la mano al pecho y durante unos minutos trato de recobrar las palpitaciones a un ritmo menos asfixiante. Hago un par de respiraciones profundas antes de volver a sostener esos papeles y dar con la información que lo cambiará todo: «8 Wellington Street, Boston, Massachusetts. Brendan Campbell».

Capítulo 2

Huele a hogar



Estamos a principios de diciembre, sin embargo ya hace días que los motivos navideños decoran la mayoría de fachadas de los edificios, lo que dificulta ver el número de las casas. Antes de salir de la cafetería he abierto el Google Maps, y la que busco está apenas a la vuelta de la esquina. Camino unos metros por Wellington Street. Estas casas adosadas son casi todas iguales: de ladrillo rojo, con ventanas estrechas y alargadas. Constan de cuatro plantas, contando el altillo. Me pregunto si algunos son bloques con varios pisos, pero algo me dice que son viviendas individuales. Las primeras tres tienen una escalera de unos quince peldaños para acceder a la entrada, situada en la primera planta, al contrario que las siguientes, a las que se accede desde la planta baja a través de unos escasos cuatro escalones. Vuelvo a mirar el mapa. Es una de estas tres primeras, así que alzo la vista, escaleras arriba, hasta toparme con una guirnalda navideña en forma de círculo. Eso me hace sospechar que en su interior encontraré una familia tradicional.

Sin pensarlo mucho subo los peldaños y me quedo frente a la puerta de madera con cristales opacos envuelta en un arco de piedra. No puedo evitar pensar que es una bonita casa, me recuerda donde yo crecí. Es parecida, está situada unas manzanas al sudoeste, aunque esta se ve mucho mejor cuidada. Estoy más nervioso si cabe. Doblo la carpeta de cartón por la mitad y la guardo en el bolsillo interno de mi gabardina. Tomo aire varias veces y lo expulso por la boca emitiendo gran cantidad de vaho. Me es imposible recordar esas respiraciones aprendidas en las clases de yoga a las que Devi me obligó a ir durante unos meses. «Esto no hay yoga que lo calme», pienso a la vez que llevo mi mano al timbre. El pulso me tiembla y puedo oír bombear con fuerza mi corazón, o mejor dicho, el corazón de Dustin. «Hazlo de una vez», me exige mi voz interna. Sin embargo, mi dedo no llega a presionar el timbre cuando se abre la puerta y un hombre que ronda los cincuenta se queda petrificado al toparse conmigo.

—¡Oh!, ¡lo siento! ¡Perdone! —me excuso.

—¿Quién es usted? —suelta sin más.

—¿Es usted el señor Brendan Campbell? —Noto cómo me tiembla la voz al pronunciar el apellido.

El hombre me observa de arriba abajo sin cerrar la puerta de la casa.

—Sí, soy yo —me contesta desconfiado, sin dejar de mirar mis manos.

Deduzco que quiere descartar que no voy a atracarlo, así que rápidamente las levanto mostrándoselas en modo pacífico.

—Me presento. Soy Matthew Friedman, solo le robaré unos minutos.

—No tengo tiempo para esto —se apresura a contestar—. No va a venderme nada. Ya no vivimos en los noventa, ser vendedor a domicilio carece de sentido.

—Esto... Yo... No, no vendo nada.

Vuelve a mirarme, pero no se detiene. Cierra la puerta y con un gesto alargando el brazo me invita a que abandone su entrada.

—Mire, no tengo tiempo. —Lo veo rebuscar dentro de su chaquetón y saca una tarjeta que me ofrece—. Llámeme y concrete una cita en la oficina, como hace la gente normal.

Sujeto la tarjeta y por un momento flaqueo y bajo las escaleras. Él lo hace detrás de mí, pero cuando estamos a punto de encaminarnos en sentido contrario el uno del otro, un impulso que no controlo y que nace de mi interior hace que me gire.

—Es sobre Dustin...

Brendan se detiene en seco. Tarda unos segundos en reaccionar, hasta que lo veo girarse lentamente.

—Mi hermano murió hace casi siete años —dice con tono amenazante.

—Lo sé, él murió y yo volví a nacer...

Me llevo la mano al pecho y noto cómo se le congela la mirada, la vida y el alma justo donde detengo mi mano: a la altura del corazón. Ha entendido perfectamente a lo que me refiero. Avanza unos pasos hasta mí sin dejar de mirarme y justo cuando lo tengo enfrente y creo que va a sacudirme un puñetazo o algo así, musita:

—Vayamos dentro.

Respiro aliviado. Tardo unos instantes en poder reaccionar y seguirlo de nuevo escaleras arriba. Lo hacemos en silencio. Tan solo el vaho de mi aliento me recuerda que estoy respirando. Hace bastante frío, sin embargo noto el corazón arder cuanto más me adentro en esa casa.

El lugar huele a hogar. Un aroma a tostadas y café lo invade todo. En la entrada, Brendan me invita a colgar el abrigo en el recibidor, donde hay un perchero con varias chaquetas y bufandas. Me percató de lo coloridas que son las demás prendas y deduzco que son de mujer. También hay zapatos y botas a un lado, junto a la alfombra. Hago ademán de descalzarme, por respeto, pero

Brendan me hace un gesto con la mano indicándome que no es necesario. Cruzamos un pequeño pasillo que nos lleva a un salón amplio, donde el sofá separa claramente dos ambientes. A un lado hay una mesa rectangular presidida por una moderna lámpara en forma de cono, que cuelga sobre ella y que en estos momentos está apagada. La madera de la mesa es de color caoba y me llama la atención cómo brilla debido al barniz y a la limpieza. Al otro lado del sofá, se encuentra la parte más grande del salón. El mueble está de cara a una majestuosa chimenea acristalada que está encendida, dándole al ambiente una sensación de calidez increíble. Sobre la repisa hay varias fotografías y decoración navideña. También hay una mesa bajita entre el fuego y el sofá. Al lado hay una enorme biblioteca repleta de libros y al otro lado un mueble con recuerdos de diferentes países y más fotografías. No tardo en darme cuenta de que junto al ventanal grande, que deduzco que es la puerta a un patio trasero, tal vez una terraza, hay un bonito piano de pared. A su lado, imagino que el enorme cojín que hay en el suelo es de un perro, pero no lo veo por ningún lado.

—Brend, cariño, ¿no te ibas?

Asoma una mujer pelirroja —algo desaliñada en ese momento—, de larga melena y de una edad similar a la de su marido.

—Dana, amor. Este es...

—Matthew Friedman, pero llámeme Matt, por favor.

Le tiendo la mano a la mujer, quien la estrecha confundida sin dejar de mirarnos a ambos y claramente sin entender nada.

—¿Queda café? —se apresura a romper el hielo Brendan.

—Sí —responde ella—. Me quedaría a tomarlo con vosotros, pero tengo que llevar a Halley al colegio.

Su marido se acerca, besa la mejilla de la mujer y oigo cómo le susurra: «Después te cuento».

En ese momento, una niña de no más de siete años y de pelo castaño rojizo irrumpe en el salón arrastrando una mochila con

ruedas. La miro y no sé por qué siento felicidad al hacerlo y le sonrío. Ella hace lo mismo. Es como si nos alegráramos de vernos. No podría explicar lo que he experimentado al ver su sonrisa, me ha llenado el alma.

—¿Es mi profesor de español? —le pregunta la niña a su madre.

—No, cariño, es Matt, un amigo de papi..., o eso creo. —Acaba la frase con apenas un siseo.

La niña se acerca al oído de su madre y añade:

—Es muy guapo.

Pese a su intento de discreción todos hemos oído esa frase. Eso me levanta una sonrisa. Sin embargo, hace que su madre se sonroje al instante y su padre se ponga nervioso.

—¡Va!, ¡que vais a llegar tarde! Dame un beso y adiós —se apresura a decir Brend.

La niña obedece y sale arrastrando su mochila. Su madre lo hace tras ella.

Una vez que oímos que la puerta está cerrada puedo notar cómo el ambiente se espesa.

—¿Un café? —me ofrece.

—Sí, gracias.

Mientras él desaparece en busca de las bebidas me permito pasear junto a la chimenea y observar las fotografías. En ellas encuentro a un bebé adorable que deduzco que es Halley; a unos jóvenes abrazados, que claramente son ellos dos, pero con veinte años menos; otra foto familiar donde aparece ese perro: un estilizado galgo atigrado que aún no he visto. Y doy con una imagen que me corta la respiración. Es Brendan, junto al que reconozco como Dustin, vestido de militar, en una condecoración o algo así.

Un escalofrío recorre mi espina dorsal. Lo observo con calma. En esta imagen sonrío, nada que ver con la que Dean me ha proporcionado hace un rato. Me gusta lo que me transmite. «¡Joder!, ¡es muy parecido al actor y bailarín ese de *Magic Mike*! ¿Cómo se

llama? ¡Channing Tatum!», sonrío al pensar eso. Estoy seguro de que si le digo eso a un marine, como mínimo, me sacude un puñetazo. Me llama la atención la imagen de dos ancianos. Me detengo a mirarlos bien, sujeto el marco entre mis manos y un sentimiento de tristeza me invade a la vez que se me acelera el pulso. Los arrugados ojos verdes del hombre y la entrañable sonrisa de la mujer me enternecen el alma.

—Son mis padres —me aclara Brendan, que aparece con dos tazas.

Con rapidez suelto la fotografía, trago saliva y me acerco hasta el sofá donde se ha sentado tras dejar los cafés sobre la mesa bajita. Me siento a su lado, aunque dejando una buena distancia entre los dos.

—Tú dirás —rompe el hielo antes de que pueda reaccionar.

—Esto... —Doy un trago al humeante café. Está muy amargo, y pienso en el chocolate que llevo en la gabardina, pero no es momento de algo así—. Soy la persona que recibió el corazón de tu hermano —suelto sin más.

—Sí, eso ya me ha quedado claro antes. Aunque no entiendo cómo has dado con nosotros. Dejamos claro que no queríamos saber quién iba a ser el receptor.

—Lo siento. Sé que es así, lo he sabido todos estos años. Es cosa mía, es un acto meramente egoísta, lo hago por mí. Necesito saber quién era Dustin para entender quién soy ahora.

—No digas estupideces. —Me impactan sus duras palabras—. Tan solo llevas un órgano de otra persona, eso no influye en tu personalidad ni en tu ser.

—Eso creía yo y eso cree la ciencia. Pero, Brendan... —intento que no se cierre en banda.

—Llámame Brend.

—Está bien, Brend. Yo no soy el mismo desde entonces, y cuando digo que no lo soy es porque es así, de verdad.

—No sé cuál es tu historia, chico, ni por qué necesitabas ese trasplante, pero imagino que pasar por algo así te cambia la vida; eso es todo.

—Sí, lo ha hecho. Pero es algo más que eso. Llevo muchos años dándole vueltas. —Hago una pausa antes de soltarle lo que opino—. Creo que Dustin intenta decirme algo. No sé, creo que una pequeña parte de mí es él.

—¿Qué demonios dices?!

Consigo que se ponga más nervioso. Se pone en pie y empieza a caminar de un lado a otro frente a la chimenea.

—Solo necesito saber quién era, cómo vivía, qué le gustaba desayunar... Quiero saber de quién es esto que llevo dentro. —Me llevo la mano al pecho—. Si es de un asesino en serie o si es de una gran persona. ¿Lo entiendes?

Lo piensa un instante. Está entre cabreado y emocionado. Puedo ver esa mezcla de sentimientos en su mirada.

—Dustin era una gran persona.

—Algo me dice que sí...

Pero, cuando creo que va a ceder y se va a sentar a mi lado a explicarme cosas de su hermano, cambia el rumbo de la conversación.

—Muchacho, no puedo ayudarte con gran cosa. Entiendo tu necesidad, pero no puedo hacer pasar a mi familia por esto. No puedo abrir esa herida casi siete años después. Mis padres son muy mayores.

—No hace falta que les digas que yo fui el receptor. Tan solo quiero ver, entender...

—¿Me estás pidiendo que mienta a mi familia?

Brend se lleva ambas manos a la cabeza y las arrastra desde la frente hasta la nuca, donde las deja entrelazadas.

—Recibí el corazón de Dustin con veinticinco años. ¿Sabes de cuánto es la esperanza de vida de alguien que lleva un corazón trasplantado? —Niega apretando los labios—. En el mayor de los casos unos cuarenta años, creo recordar que cuarenta y dos fue el caso más longevo. Hay quien no supera el primer año, y la tasa de supervivencia después de los diez años es de un cincuenta y seis

por ciento. En realidad, la esperanza de vida es de un promedio de doce años. Aunque cada vez hay más personas trasplantadas que llegan a los veinte y, aunque pocos, algunos llegan a los cuarenta. ¿Entiendes por qué hago esto? No quiero morir sin saber gracias a quién sigo vivo, aunque no sé por cuánto tiempo más. Y ya van casi siete años...

No responde de inmediato. Se toma su tiempo y lleva la vista al ventanal que da al patio trasero. Se queda mirando fijamente la hierba del jardín con las manos en los bolsillos, hasta que sin sacarlas de ahí se da media vuelta, exhala y concluye:

—Está bien, Matt, tú ganas.

Capítulo 3

El soldado ideal



Brend me invita a bajar por unas estrechas escaleras por las que accedemos al sótano, que ocupa todo el diámetro de la casa en una sola sala. Tienen bastante inclinación y hay que agachar la cabeza para poder bajar por ellas. Me esperaba el típico sótano repleto de cosas acumuladas por el paso del tiempo, pero aparte de eso, que también está, allí me encuentro una especie de habitación de juegos. Me quedo maravillado cuando enciende la luz y me topo con un billar enorme reluciente y en una pared cuelga una diana con dardos. Observo un equipo de música muy retro, con radiocasete y tocadiscos, un enorme televisor y un viejo sofá cama. En el fondo cuelga un saco de boxeo bastante deformado y hay varias máquinas para hacer ejercicio; lo que viene siendo un pequeño gimnasio. Y a un lado, las típicas cosas que uno sí espera encontrar en un lugar así: el triciclo de la niña, juguetes de bebé, un par de bicicletas de adulto y una estantería repleta de cajas. Es allí hacia donde nos dirigimos.

—Habían destinado a Dustin a la base militar de España en Rota, Cádiz. Era algo temporal, pero no llegó a marcharse. Esto es todo lo que recuperamos de su vivienda en Florida; está tal cual él lo empaquetó. Lo tenía todo listo para irse. Su compañero de piso, que también estaba destinado a Rota, fue quien nos hizo llegar todas sus cosas antes de volver. Cuando pasó lo del atentado, él se encontraba aquí con nosotros. Dormía en ese sofá cada vez que nos visitaba. —Se le entrecorta la voz—. Puedes echarles un ojo.

—Brend, no quiero entretenerte más. Puedo venir otro día, cuando tengas tiempo para hacer algo así.

—Haz, tranquilo, hoy no iré a trabajar. No sería capaz de concentrarme después de esto.

Asiento y no insisto. Sé que el esfuerzo que está haciendo no tiene precio, y se lo agradezco enormemente.

—¿Puedo? —pregunto señalando las cajas.

—Claro.

Saco una, me la llevo hasta el sofá, frente al televisor grande, y la suelto en el suelo junto a una mesa bajita circular que hay con un cenicero.

—¿Dustin fumaba? —me intereso.

—No, no. Él detestaba el tabaco. Yo lo hago, de vez en cuando. No fumo mucho, solo cuando la situación lo requiere y, por cierto, este sería un buen momento.

—Hazlo si lo necesitas.

—No, creo que hasta ahora, en casi siete años, no me había preocupado por saber qué contienen esas cajas, y en este momento abrirlas me interesa mucho más.

Me sonrío con tristeza y yo le devuelvo el mismo tipo de sonrisa. Sin decir nada más, Brend vuelve a la parte trasera y se trae las dos cajas que quedan, una encima de la otra, y las deposita al lado.

—Es todo —dice mientras se sienta a mi lado esperando que sea yo quien las abra.

Es un momento extraño. Estoy con un desconocido a punto de abrir las cajas que contienen todo lo que perteneció a su difunto hermano, cosa que él no ha tenido valor de hacer en casi siete años. Casi sin darme cuenta, he dejado de sentirme incómodo con Brend, y juraría que le sucede algo parecido. Acortamos distancias y muestra plena confianza en que sea yo quien remueva las cosas de Dustin. Estoy nervioso, claro que lo estoy. No puedo ni imaginar cómo se siente él. Así que, sin más dilaciones, abro la primera caja.

Aparentemente no hay nada anormal, no sé qué esperábamos encontrar, pero es como si tras echar el primer vistazo ambos suspiráramos aliviados. Recuerdos de una vida normal de un soldado: medallas, galardones y trofeos; fotos con sus amigos, algún casquillo de bala..., cosas así.

Saco lo más grande que encuentro, que es un telescopio.

—Dustin era un fanático del universo. Deberías ver el viejo telescopio que mis padres le compraron cuando cumplió catorce años. Creíamos que iba a ser astrofísico o algo así. —Sonrió al recordar eso—. Mi madre guarda muchas más cosas de él, pese a que esta es la casa donde crecimos. Decidieron mudarse a una más pequeña y me cedieron esta cuando me casé. Remodelé lo que fui necesitando, pero este sótano no. Era el lugar donde Dustin pasaba muchos ratos de niño, así que dejé que continuara siendo su espacio cuando venía a visitarnos. —Señaló el sofá.

Tras echar un vistazo rápido decido abrir la segunda caja. En realidad, hay un montón de cosas que deduzco que, cuando sepa algo más y conozca un poco más sobre él, quizá entienda el significado. Y no me refiero solo a unas braguitas de mujer que hemos extraído en las que hay un libro abierto dibujado y una frase que dice: «Léeme». El juego de palabras nos hace sonreír a los dos.

—Supongo que era un donjuán, visto lo visto en esas fotos.

—Pues, aunque no lo creas, no lo era. A ver, las mujeres le sobaban, pero era muy selectivo. Le conocimos pocas novias. Siempre

decía que necesitaba enamorarse de un cerebro antes que de un cuerpo, y así le fue: nunca se enamoró.

—Que tú sepas...

No sé por qué he dicho eso, pero me ha parecido que todos ocultamos cosas, y el amor es uno de los temas que más nos cuesta asimilar y confesar.

—Que yo sepa, claro —confirma.

Nada más abrir la tercera, encuentro algo que no pasa desapercibido para ninguno de los dos: un teléfono móvil; para ser exactos, un iPhone 4S de color negro, que lleva una pegatina del escudo del Capitán América en la parte trasera. Rebusco hasta el fondo, pero no está el cargador.

—¿Es su teléfono? —pregunto sorprendido.

—Diría que sí, por la pegatina, pero, en todo caso, sería el viejo. Ese día llevaba otro en una especie de funda en el brazo izquierdo: un iPhone 5. Lo tengo yo guardado, con la pantalla quebrantada. Pero apenas había nada en aquel teléfono, lo estuvimos repasando Dana y yo.

—¿Puedo llevármelo? Te lo devolveré.

—Pe... pero... —Lo veo dudoso—. Tendrá contraseña, no creo que puedas hacer nada, y tampoco sabemos si funciona.

—Conozco a alguien que nos sacará de dudas, es un crac de la tecnología.

Tarda unos segundos en contestar.

—De acuerdo —confirma por fin—. Sí, llévatelo, no pasa nada. Lleva casi siete años en una caja, qué más da.

Me dispongo a dar por zanjada esa búsqueda del tesoro cuando Brend saca del interior de la caja un libro de Ernest Hemingway titulado *Fiesta*. Lo abre, lee la dedicatoria y me lo muestra.

Para que cuando vaya a visitarte a España sepas adónde llevarme.

Firmado: Jessie.

Ambos nos miramos con cara de no sacar nada en claro, así que lo cierro y vuelvo a dejarlo en su lugar.

Estoy tan emocionado con el teléfono que creo que nada de lo que encuentre puede igualar ese hallazgo.

—¿Podré seguir mirando otro día? —pido con cautela.

—Sí, claro. Si eres capaz de darle sentido a lo que hay aquí dentro, me vale. —Denoto tristeza en sus palabras—. Dustin y yo fuimos muy buenos hermanos, de verdad. Nos cubríamos las espaldas el uno al otro y nos criamos como uña y carne. No obstante, no sé qué pasó, pero en cuanto se alistó en la marina todo cambió. Apenas nos veíamos y sus visitas se redujeron a un par de veces al año, en ocasiones tres. Supongo que de eso se trata la vida, de que cada uno sigue su camino.

—No parece que te gustara mucho la idea de la marina.

—No, para nada. Mi padre sirvió al ejército toda su vida y tuvimos la suerte de que siempre fue destinado relativamente cerca, y eso hizo que pudiéramos tener un hogar fijo. Pero, para ser sinceros, tener un padre militar no es lo que un niño sueña. Nunca está en casa, siempre temes que le pase algo y ves sufrir a tu madre en demasiadas ocasiones, así que cuando nos sorprendió a todos con lo del ejército me costó asimilarlo. Y sí, hubo un antes y un después —asume apenado.

—A veces repetimos patrones de nuestros padres, es algo que no elegimos, simplemente es así.

—La astronomía era lo suyo, no sé por qué eligió ese otro camino.

Pude sentir su impotencia.

—Pero no le fue mal, ¿no?

—No, para nada. Era el soldado ideal. Tenía un montón de condecoraciones. Esas cuatro cosas que hay en las cajas no son nada en comparación con lo que hay en casa de mis padres. Hablaba

cuatro idiomas. Se debía a su país; era de esos tipos que jamás haría nada ilegal. Ni siquiera dejar el coche mal aparcado unos instantes.

Eso me hace gracia, porque yo soy todo lo contrario.

Rescato una fotografía enmarcada de una de las cajas y la observo. No viste de militar, va con unas bermudas y una camiseta blanca en la que, por encima, cuelgan las típicas placas identificativas de soldado, las cuales no he visto entre sus cosas.

—Sí, tiene pinta de haber sido un gran tipo. Tú también lo eres, Brend.

—Bueno, no soy un asesino en serie —se permite repetir mis palabras bromeando.

—Hace apenas unas horas que nos conocemos y estoy en tu sótano tocando las cosas de tu hermano. Créeme, eso no lo permite cualquiera.

Me da una palmada en la espalda.

—Cuando tuve que tomar la decisión sobre donar sus órganos, me hicieron plantearme la pregunta: «¿Qué haría Dustin?». Y no supe que es lo que realmente mi hermano habría hecho. Sin embargo, esta vez me he permitido preguntarme lo mismo, con la diferencia de que he tenido clarísima la respuesta: Dustin te ayudaría. Por eso estás aquí.

Da una palmada más en mi espalda. Asiento con la cabeza y, en silencio, abandonamos ese sótano, que al parecer, además de ser el lugar donde se alojaba cada vez que pisaba Boston, había sido su hogar en la niñez.

Mientras me coloco la gabardina, a Brend se le ocurre hacer un comentario, cuando menos, raro.

—Por lo menos sabemos que nunca hizo nada ilegal, que no ha dejado hijos repartidos por el mundo y que no ha dejado misterios sin resolver ni herencias a nombre de nadie, y esas cosas que suelen pasar cuando dejas de conocer a alguien, aunque sea de tu familia.

—En casi siete años yo creo que, si hubiera algo por resolver, ya os habríais enterado.

—Eso mismo digo yo. Sin embargo, mi mujer... Ya sabes cómo son las mujeres, con ese olfato policial.

—¿A qué te refieres?

—Mi hermano llevaba tatuado en su pecho, a la altura del corazón, en letras pequeñas el nombre de Jessie.

—¿Jessie? Es el mismo nombre de la dedicatoria del libro.

—Pues, ahora que lo dices, es cierto... El caso es que era un tatuaje reciente, ya que el año anterior habíamos veraneado cuatro días juntos en familia y no lo llevaba. Dana cree firmemente que debió ser un amor, pero yo siempre he mantenido la postura de que fuera el nombre de un compañero caído en combate en alguna misión. Todos sus tatuajes tenían que ver con hechos relacionados con su trabajo, por eso lo interpreté así.

—¿Pero se le conoció alguna novia con ese nombre?

—No. Eso son paranoias de mi mujer, que tiende a romantizarlo todo. Pero de haber existido una mujer en su vida habría pistas, y es más, vamos a suponer que así fue. ¿Casi siete años no son suficientes para dar señales de vida?

—Tal vez fuera un desamor —contesto intrigado.

—Tal vez.

—Investigaré sobre ese compañero o compañera. Eso es fácil de descubrir.

En cuanto nos tenemos uno frente al otro en la puerta, llega la hora de la despedida. Intercambiamos teléfonos afianzando el vínculo que hace apenas unas horas no existía. Me cae bien Brend, se le ve un gran tipo. Hemos pasado toda la mañana juntos, es la mar de amigable, nada que ver con la primera impresión que me había dado. Así que no sabemos bien cómo despedirnos. Le ofrezco la mano, la mira y, tras tomar aire, decide sorprenderme con un abrazo. Me quedo helado.

—Cuídate, Matt.

—Lo mismo digo. —Le devuelvo el abrazo en cuanto noto que es un acto sincero—. Te llamo en cuanto sepa algo de lo que hay dentro del teléfono.

Cierro la puerta detrás de mí para encontrarme de cara con el frío invernal de Boston. El vaho se hace visible cuando exhalo. Saco el teléfono viejo de Dustin del bolsillo. Sonrío al notar cómo me hace vibrar de emoción, y lo zarandeo levemente.

—Pórtate bien y dime quién demonios es Jessie, ¿de acuerdo?

Capítulo 4

La entrevista



Jessie

2 de diciembre de 2019

—¡Eh! ¡Andrew! ¡Levanta! Tienes que irte. Tengo una entrevista de trabajo por internet y necesito prepararme.

Lo observo desnudo, tumbado a todo lo largo sobre mi cama. Buen trasero, pelo largo, tatuado y piel bronceada.

—Me voy al sofá mejor...

—Ashley está en casa hoy, no creo que sea muy ético tener un hombre medio desnudo en el sofá. Venga, Andrew, esto no es lo que acordamos.

—Ya voy... Dame un minuto —farfulla entre las sábanas.

Andrew es... Él y yo... ¡Joder!, nunca pensé que sería tan difícil definir algo así. Digamos que tenemos un pacto. Ninguno de los dos buscaba ataduras, nos encontramos y, desde entonces, compartimos noches de sexo y poco más. No, no es una relación. No me pregunta por mi día ni si he estado con otros hombres, ni siquiera conoce a mi familia, tan solo a Ashley, y de pasada. Ella es mi compañera de piso y lo más parecido a una hermana.

Le doy un tirón a la sábana y la dejo caer en el suelo, dándole a entender que se le ha acabado el tiempo. Andrew se despereza y, con movimientos lentos, empieza a vestirse.

—Jess... —se dirige a mí dubitativo—, ¿crees que podríamos, no sé, ir un día a cenar o algo así? Salir de estas cuatro paredes, hacer cosas normales de...

—No —me apresuro a cortarlo—. Ya lo hemos hablado. No es lo que buscamos, en eso quedamos.

—Sí, lo sé, nena, pero tú me gustas...

Lo callo con un beso, eso siempre funciona. De hecho, funciona demasiado bien, ya que su erección no tarda en latir justo en mi ombligo.

—No tengo tiempo de hablar de esto ahora. Por favor, Andrew, necesito prepararme.

Suelta un suspiro. Me da un golpecito en el trasero y añade:

—Tú ganas. Siempre lo haces. Me voy. —Recoge la cartera y las llaves del coche de la mesita de noche, donde yacen los plásticos vacíos de varios preservativos—. Por cierto, ¿dónde es la entrevista?

Lo miro sorprendida, porque no solemos interesarnos por estas cosas el uno del otro. Aunque, por otro lado, cierto es que él lleva cosa de un mes como queriendo reescribir nuestro trato. Eso me hace pensar que ha llegado el momento de ponerle fin a este lío, rollo o lo que sea que hay entre nosotros.

—Es en Boston.

—¿En Boston? ¿Qué se te ha perdido en Boston?

Me acaba de hacer la pregunta más difícil de la historia, porque contar que casi siete años después quiero intentar cerrar un capítulo de mi vida yendo a hacerme la loca tarada a una ciudad desconocida en busca de pistas de... de él; eso mejor me lo callo.

—Boston tiene la mayor biblioteca municipal de Estados Unidos. Es el sueño de toda bibliotecaria.

—Hace un frío horrible en esa ciudad. No creo que haya suficientes libros que compensen eso.

Lo miro y es entonces cuando veo claramente que jamás podría enamorarme de un chico como Andrew. No es un mal tipo, es de mi edad, tiene un cuerpo de escándalo y sexualmente es lo más, pero no. Sé que no.

Vuelvo a besarlo y lo acompaño hasta la puerta, bajo la mirada de sorpresa de Ashley, que al verlo pasar con su moño alto y sus tatuajes se le ha caído la tostada dentro del café salpicando toda la mesa. En cuanto cierro la puerta dirijo la mirada hacia ella.

—¿Ese era Andrew? ¿Otra vez? —pregunta todavía boquiabierta.

—¿A qué te refieres con «Otra vez»?

—Nada, nada... Está buenísimo, Jess. —Se muerde el labio para dar credibilidad a sus palabras.

—Sí, lo está, demasiado. No es lo que busco —sentencio.

—¿Tienes un puto catálogo de hombres? ¿De dónde los sacas? De la biblioteca ya te digo que no. ¡Jo-der! Yo quiero uno así...

Consigue hacerme reír de buena mañana.

—Te sorprendería la de hombres guapos que merodean por las bibliotecas.

—¿Como ese?

—No, bueno, como ese no. —Vuelvo a reír—. Pero, a ver, es que en Jacksonville hombres aficionados a los libros no es lo que abunda.

—No te quejes, vivimos en el paraíso. En el panorama masculino abundan surferos y militares. No creo que se pueda soñar con algo mejor. No entiendo por qué te postulas para la biblioteca de Boston. Allí no creo que haya «Andrews» saliendo con poca ropa de tu habitación...

Pongo los ojos en blanco.

—¿Tú también? —La miro con desaprobación—. Voy a arreglarme para hacer la entrevista de mi vida, no quiero hablar del tema ahora. Deséame suerte.

Ashley suspira antes de contestar:

—Mucha suerte, Jess. Pero... ojalá no te den la plaza, no quiero que te vayas.

—¡Ash! —le recrimino.

—¿No puedes dejar el pasado tranquilo? Algo me dice que esto no va a salir bien, Jess. No sé por qué quieres hacer algo así... Mira a ese bombón surfero que ha salido de tu habitación. ¿Por qué no le das una oportunidad a uno de esos? ¡Dale una oportunidad al amor! ¡Deja de ser tan *ice girl*! —Siempre pronuncia ese mote como si fuera el de un superhéroe o, mejor dicho, un villano.

Dejo de escucharla tras el portazo que doy, sumamente cabreada. Tengo apenas diez minutos, así que me apresuro a vestirme y a maquillarme antes de abrir el portátil.

Entiendo lo que Ashley dice. En lo que al amor se refiere no he estado muy receptiva, ni siquiera sé por qué lo digo en pasado, ya que ni lo estaba ni lo estoy. Todo tiene su explicación, y es que soy consciente de que no he levantado cabeza desde que un soldado me partió el corazón con apenas dieciocho años. Porque otra cosa no habrá en Jacksonville, Florida, pero debido a la base naval de Blount Island Command, soldados todos los que quieras.

Ahora tengo veinticinco años, pero por entonces no era ni mayor de edad cuando lo conocí. Entonces era muy fácil enamorarte de un hombre mayor que tú, que se parecía a Channing Tatum. En definitiva, yo era demasiado joven e inexperta. Lo vi y me enamoré al instante; lo hice hasta los huesos y, en principio, parecía que él también lo estaba. De hecho, estuvimos saliendo un año entero de modo ilegal, esperando mi mayoría de edad para poder mostrarnos públicamente, ya que nos llevábamos quince años. Él se jugó ir a la cárcel y yo me jugaba algo peor: que me rompiera el corazón, como acabó pasando. Sí, fue un amor intenso y real, pero también inacabado. Supongo que por eso no he logrado sacarlo de mi mente. Mi psicóloga no ha dejado de repetirme que debo cerrar

ese capítulo, así que, por más que me pese el alma, debo hacerlo. Debo encontrarlo, plantarme frente a él y exigirle explicaciones. ¿Por qué no volvió a por mí?, ¿por qué desapareció como si se lo hubiera tragado la tierra?, ¿por qué dejó que nuestra historia acabara así? Aunque puede que me conforme con observarlo de lejos y ver que está bien. Tal vez haya formado esa familia que planeamos juntos, tenga una bonita casa y un bonito perro y haya dejado la marina como me prometió que haría. Quizá tenga una mujer guapísima a su lado, más acorde a su edad. Tal vez él ni me recuerde, y tal vez, y probablemente sea algo que pase, yo quiera morirme tras comprobar todo eso. Aun así, ya está decidido: si me dan el trabajo, me voy a Boston.

Me siento frente al ordenador y abro la aplicación de Skype. Aún quedan tres minutos y noto cómo me sudan las manos. Todavía no puedo creerme que esta oferta de trabajo me cayera básicamente del cielo. Hace apenas dos días me llegó un correo electrónico en el que se me comunicaba que era una de las candidatas elegidas para postular a esa plaza de la tan soñada Boston Public Library. La selección se hará de entre un centenar de bibliotecarios, así que voy a tener que hacer la mejor entrevista de mi vida si quiero ser una de las finalistas. Si paso la primera criba, tendré que viajar a Boston para hacerla en persona y conocer las instalaciones. Eso no me asegurará la plaza, pero, aun así, es un requisito indispensable. Imagino que todos los presentados ansiamos lo mismo; no obstante, dudo que haya uno solo que tenga una motivación tan grande como la mía...: volver a ver a Dustin Campbell.

